

# La atmósfera sicoantropológica en la novelística de Juan Rulfo

Escribe: MANUEL ZAPATA OLIVELLA

Para penetrar en los valores artísticos de la obra de Juan Rulfo hay que asumir una expectativa eminentemente latinoamericana, y aún este vocablo habría que circunscribirlo al ámbito aún más regional de México, y ya dentro de este reducto a la visión del jalisciense. En otras palabras, la exploración de su obra con ojos de críticos especializados en técnicas y autores universales resultan borrosos y ahumados. Para sostener este punto de vista nos valemos de tres testimonios: del mismo Rulfo, del trabajo profesional de Rulfo y del ámbito cultural de Rulfo en su temática.

Sin embargo, antes de analizar los procedimientos literarios empleados por Rulfo en su novela **Pedro Páramo** y en el análisis de los testimonios aludidos, queremos mencionar unas palabras del eminente antropólogo norteamericano Clyde Kluchohm, que servirán también de fundamento a nuestra crítica: "Cada cultura construye sobre lo que tiene —sus símbolos especiales para suscitar respuestas emotivas—, sus compensaciones distintivas para las privaciones im-

puestas por la estandarización cultural, sus valores peculiares que justifican para el individuo el sacrificio de una parte de su vida impulsiva al control cultural".

Esto es mucho más aplicable a ciertos críticos literarios ansiosos de simular un dominio de los resortes del novelar universal cuando desconocen sus íntimas motivaciones, las de su pueblo y las de los narradores de su propia provincia. El análisis de esta alienación de complejos nos llevaría fuera del tema que deseamos tratar. Volvamos, pues, a los 3 testimonios de Juan Rulfo en **Pedro Páramo**.

1er. Testimonio: Rulfo. No hemos tenido oportunidad de ahondar en su personalidad. Nuestras observaciones son de simple oyente, de simple interlocutor, en una semana de vaivenes en el II Congreso Latinoamericano de Escritores. Rulfo resulta ser el antihéroe de cualquier idea que se pueda uno formar de un escritor que con un solo libro o dos, haya alcanzado la fama de supremo maestro de las letras latinoamericanas. Sencillo, débil, flexible es un auténtico cam-

pesino. Lo más contrario a la estampa estereotipada del charro bullanguero de su Jalisco. Quiere perderse en la masa de tantos y tantos jaliscienses que ya no se ponen el sombrero alón para que no digan: "Aquí debajo hay un mexicano". Pero esta actitud más próxima a la timidez que a la modestia, es el resultado de una orgullosa conciencia de ser piedra de un gran pueblo. Sabe que es importante no por ser Juan, sino por ser parte de la entraña de México. Y cuando este hombre habla, lo hace incansablemente, horas y horas, pero nunca se refiere a lo mismo, sino de cosas del alcalde de su pueblo, del caballo del compadre, del santo de parroquia, del gobernante, del generalote de la Revolución, del pintor de imágenes, de indios maliciosos, de fantasmas, de comisos, de cientos de historias grises, pero llenas de luz, de vida, de solidaria comprensión, de compromiso incansable. Sus relaciones, sus cuentos, sus novelas, son ese material del cual él mismo es vena, comején, pegalotodo.

2º Testimonio: Rulfo es antropólogo. Ya sé que hay quienes se asustan con esta palabra. Consideran que no es literaria. No viene envuelta con las etiquetas de París, Nueva York o Moscú. No se parecen a "existencialismo", "sicoanálisis", "behevonismo". Es de mal gusto para los entendidos en buenos modales, por traer a cuento tribus en taparrabo, hábitos primitivos, momias disecadas y otras linduras que no proceden de las élites literarias. Pero mucho está dando y mucho dará de que hablar esta palabreja en la revolución cultural que adelanta el hombre contemporáneo, y mucho se oye y oirá en la literatura. Porque de entrada, digamos, la li-

teratura es uno de los elementos de estudio, tal vez de los más importantes en antropología. Pues bien, Rulfo es un sicoantropólogo de profesión. No se que estudios académicos haya hecho, pero es investigador del Instituto Indigenista de México. Su tarea diaria es estudiar datos culturales, analizarlos, recogerlos, interpretarlos y sumarlos a ese conjunto de pautas de la conducta del mexicanismo, llámese jalisciense, oxaqueño o sinaloense. Pertenece a una escuela importante de la investigación antropológica mexicana que tantos aportes está dando a esta ciencia y a la cultura universal. No es el primero que manipula estos hallazgos en la literatura contemporánea mexicana. A su lado están Arreola, Rojas González, Benítez y otros. Rulfo como miembro de esta escuela mexicana, está más interesado en los acondicionantes del pensamiento del hombre de su país, en sus normas, en sus hábitos que en la aplicación de experiencias antropológicas de otros pueblos a la conducta del mexicano.

3er. Testimonio. Rulfo no excluye la creación literaria en su trabajo profesional. Tampoco excluye como artista el manejo de las técnicas de otros en sus estudios particulares. Pero no hay que confundir las herramientas con el propósito. El tubo de ensayo puede ser de cristal de Jena, pero el grumo, el hombre analizado, tiene su propia floculación, y este es el interés del escritor frente a su pueblo.

Dentro de esta investigación cotidiana de la mentalidad del mexicano, Rulfo ha sabido aprovechar sus conocimientos para tratarlos literariamente. Partiendo de una realidad objetiva, ha creado en su

novelística un mundo sobrenatural. Vivencias mágicas, concepciones telúricas, filosofías de la vida y la muerte, mundos heredados y vivenciales en la mentalidad del mexicano, y por extensión al mestizo de América. Al recrear estos contenidos mágicos, acondicionantes activos en la comunidad, no realiza un trasiego anecdótico y estadístico de los cuadernos de exploración, sino que los anima con su genio creador, les inculca nuevas resonancias, los pone a andar obedeciendo a un interés creador. Encuentra, he aquí otro acierto, un estilo que exalta el habla popular, conservando sus imágenes y el genio de la lengua azteca, maya o lo que sea, dentro de la forma castellana. Labor esta que lo emparenta con Roa Bastos, Arguedas y con Llosa, peculiaridad ya nueva del lenguaje latinoamericano que pierde la rigidez de los contenidos formales del viejo español.

Revive el culto a los muertos de la mitología indígena. Los difuntos no se mudan. Andan en un constante trajinar en las casas donde habitaron. Dialogan, comen y aconsejan. Esta supervivencia más allá de la muerte, propia del indio, se enhebran con las ideas del Purgatorio, Cielo e Infierno. Y entonces los muertos y los vivos se avienen muy bien con el cura y los rezos, la iglesia y la moral cristiana. Así la obra se nos presenta un tanto absurda si la juzgamos con juicio materialista o de espiritua- lista puros. Estamos frente a la concepción metafísica, para sicología del mundo, que no es la nuestra. Pero esto es sagrado para Rulfo que no altera la mentalidad de sus personajes en la vida real.

Resulta de toda creación que estamos en presencia de un mundo

literario nuevo, con todo lo emparentado que se quiera con los antecedentes europeos, pero que no buscan ni debe coincidir con los propósitos del hombre con otras urgencias. Por ejemplo, la distorsión del tiempo y del espacio en Rulfo no es la superposición de la estructura faulkneriana. Engarza su relato central en base a situaciones particulares, las mismas que podrían aparecer en las fichas de trabajo de cualquier antropólogo. Pero esta no es una labor mecánica de trasposición de elementos, sino que obedece en primer lugar a la unidad general de la obra y en segundo término, a las situaciones particulares que narra: el momento, el lugar, el tema. Relato que nos parece ligado a otro por un doble espacio interlineal, pudo ser una ficha tomada 10 años atrás en un pueblo distinto al de Comala, mientras se investiga un rito funerario o un hábito alimenticio. Al utilizarlos como elementos de la novela se entrelazan por la idea del creador y no con la yuxtaposición del riguroso análisis de Faulkner, siempre interesado en demostrar una tesis, la tesis de la sangre. Rulfo no tiene tesis. Quiere recrear una vivencia en base a hechos observados y la variedad de planos en el tiempo y espacio corresponde a la noción abigarrada que una comunidad tiene de sus propios sucesos. Esto es evidente en la imagen que cada miembro tiene de su mundo que nunca es total sino particular. Cada quien encuentra su versión, su cosmovisión. Rulfo no trastueca esta microconcepción de **Pedro Páramo**, de aquí resulta que solo el lector puede formarse una concepción global del personaje pero en base a los relatos particulares. En esto Rulfo no se toma la molestia de asumir la posición del narrador Dios omnisciente. El per-

sonaje siempre aparece recortado y, algo más deformado para la aptitud sicoafectiva del que cuenta. Preciado, Doloritas, Abundio, Fulgor, el cura o el mismo Páramo.

Consideramos que este aporte creador de Rulfo y de otros hispanoamericanos proveniente de la observación del mundo cultural en que se mueven sus personajes, intrincados en pautas sociales y telúricas, responde a una nueva concepción novelística, nacida en la América mestiza, que no queda

encuadrada en lo que se ha llamado realismo mágico, en donde lo misterioso es el resorte del relato. Acá no hay nada misterioso. Hay un realismo sí y un mundo mágico, pero lo mágico no es un factor circunstancial ni recurso literario, es la concepción fundamental del mundo y por lo tanto hay un quehacer que se revela en la totalidad de la realidad material. Tal vez pudiera hablarse, y a esto aludo con el título de estos apuntes, un realismo para o sicoantropológico.